

Luis Durand.

## VINO TINTO

### I

—Ya no te puedo soportar más. Ni aunque te mueras ahora mismo te doy un trago.

—¡Patroncito lindo! ¿Y tiene su mercé alma de apreciar al mejor de sus trabajadores? Hágalo entonces, por la patroncita Lucía, si ya a mí me perdió la voluntá. Si es un traguito no más pá afirmar las chapas, patrón querío. Yo le aprometo que mañana le golvimos a poner el hombro rejuerte. ¡Como va a permitir su mercé dejar morir a un cristiano!

Con el sombrero en las manos, dándolo vueltas y accionando con él, el hombre trataba de convencer al patrón, un mozo joven que, de pie junto a la puerta de varas, el poncho colorín arremangado sobre el hombro, torcía un cigarrillo.

—Es una desvergüenza ésta le interrumpió el joven—ya vas a sacar la semana entera borracho. Y yo por darte en el gusto te estoy haciendo un mal y me lo estoy haciendo yo mismo. Todos andan borrachos. Si quieres anda a dormirla y toma agua si tienes sed. Lo que es yo no te doy ni una gota.

Acto seguido, Lorenzo Donoso, administrador del fundo «Los Maquis», se dirigió hacia un extremo de la cerca de la viña, donde desató las riendas de su rosillo moro, que atento y ágil al sentir el requerimiento de las espuelas partió al galope.

Anselmo López quedóse inmóvil con el sombrero entre las manos. Era ya entrado en años. De baja estatura, ancho de espaldas, tenía el cuello corto y la cara mofletuda. Sus cabellos canosos empezaban a ralearse y dejaban ver la calva reluciente y sudorosa. Los ojos capotudos inyectados de sangre, no tenían fijeza y daban a su rostro, cierta expresión de idiota y acentuaba su nariz ancha estriada de venitas rojas.

Permaneció así un buen rato, hasta que bruscamente, en un acceso de ira, lanzó lejos el raído sombrero a tiempo de soltar una tremenda injuria.

—¡Jutre maldito no má! Por mi maire que no le güelvo a trabajar nunquita. A ver si va a encontrar un roto más sufrío y empeñoso que yo. Ejenlo con su porfía.

Tenía la lengua seca y pegada al paladar, como un trapo o como un cuerpo extraño que estuviera de más en él. Sentía el estómago vacío, pero no le pedía alimentos sino líquido. De ese caldo rojo, áspero y grato a su sabor, que daban esos racimos que negreaban entre las hileras de la viña próxima y que guardaban los altos y barrigudos toneles de la bodega. Quiso escupir, pero no le fué posible. Apenas una gotita blanca y espesa salió silbando de sus labios congestionados.

—¡Mi maire—bramó enfurecido—lo que es la vía del pobre!

Atardecía. Por entre unos álamos amarillos, veíase el sol que descendía sobre el horizonte iluminándolo con su fiesta de luces lujuriosas. A la derecha un pedazo de montaña virgen, ponía su mancha verdinegra y espesa sobre los cerros empinados. Más abajo las viñas alineaban sus hileras de un amarillo descolorido, salpicado de hojas rojas entre las cuales se divisaban los racimos negros espolvoreados de blanco.

Recogió el hombre—ya aplacada su cólera—el sombrero que puso de cualquier manera sobre su cabeza y caminó lentamente hacia las casas del fundo edifica-

das en la parte más alta de las lomas, donde estaba plantada la viña. Era el Otoño. Los días de Abril iban poniendo su melancolía sobre el campo. En los caminos se arremolineaban las hojas secas, que a veces como mariposas muertas temblaban sin poder desprenderse del barro de las primeras charcas. Comenzaba a hacer frío. Un vientecillo trasminante, rodaba en la sombra, trayendo el rumor de ensoñación de la montaña vecina, desde donde surgía de vez en vez, el grito lamentoso de algún animal.

Tres grandes perros, salieron como un ventarrón, ladrando enfurecidos al encuentro del hombre:

—Esto es. ¡Hasta los perros me desconocen hoy! ¡Benaiga mi suerte! ¡Sáli pallá quiltro el diablo!

A grandes voces trató de darse a conocer de los porfiados perros que no cesaban de acometerlo y seguramente lo hubiera pasado mal, si Pedro Pablo, el mozo de las casas, no les hubiera quietado con su vocecilla gangosa.

—¿Qué se quiere morir on López? ¿O está de casamiento? Mire que los alimalés no se engañan nunca cuando a uno lo desconocen.

—¡Calle su boca iñor! Vengo más quemao que una callana. Ojalá juera cierto lo que me está hablando. Pa la vía que uno pasa da lo mesmo estar vivo que torcel la cola.

—¿Y por qué viene tan asariado?

Con el sombrero atravesado, caído sobre las orejas, López se quedó mirando a Pedro Pablo Cáceres. Era éste, alto, pálido, con una nube en el ojo izquierdo. Andaba siempre con la boca abierta como si no pudiera respirar bien. Sonrió malicioso y con significativa mueca le dijo al recién llegado:

—¿No li aguantó la pedía el jutre?

El otro con la nariz dilatada, respirando como una fiera sujeta del cuello por un nudo corredizo, le miraba hosco:

—Me le puso d'ime. Esta mesma noche me las emplumo. Hasta Reñico no voy a sacar la cabeza. Estos jutres no se acuerdan de que cuando uno está gustando tiene que apuntalase, para poer salir otra vez con güen ánimo a la pará. ¡Cómo si a ellos también no les gustara hacerle un valiente!...

—Es porfiadazo el hombre cuando se chanta—comentó Pedro Pablo, moviendo gravemente la cabeza. Este Menistro es güeno, pero cuando se le pone algo es por demás hacéle empeño.

López miraba a su interlocutor con ansiedad. Como los perros que acrecientan sus demostraciones de afecto para el amo, cuando éste lleva un pedazo de pan que descubren por el olfato, así López advirtió que Pedro Pablo despedía un marcado y grato tufillo a tinto, a tinto de ese cuyo recuerdo le enternecía, cuando en el viejo tiesto de latón él se plantaba el primer trago al cuerpo.

—Yo le trabajaría siempre al jutre. Porque pa qué vamos a icil ná. Es güeno. Es güeno. Continás que uno lo conoce de guaina. Usté tamien pué on Peiro Pablo. Aunque al utual se ha puesto más tiesón. Pero el hombre no es malo.

Trataba en vano de chasquear la lengua y de dulcificar la voz. El penetrante tufillo de Pedro Pablo, hacía nacer dentro de él una gran esperanza. Era como una promesa, como un dulce halago a sus deseos.

—Sí,—convino el otro—hay que sabele uscar no más. Yo enenantes le compré en una chaucha un zorzal a Chaba, el hijo de on Cachi y se lo traje de regalo. Pa que se lo lleve a la patroncita Lucía—le ije—contentazo estuvo y sin que yo le propalase na le mandó al llavero que me valiera un doble.

—¡Ah, mire no! hizo el otro con tal ansiedad, que su lengua de súbito húmeda restalló sonoramente contra el paladar. ¿Y no le quea una cachaíta on Peirito? Pa espues se la degüelvo al redoble.

—Atrasaón llegó pué on López. Ya no va queando na. Pero algo siquiera. Atráquese por aquí.

Entraron en un pequeño galpón vecino a las casas. Allí en un rincón tenía Cáceres guardado su tesoro. López se estiraba un poco tembloroso ante el temor de que a Pedro Pablo se le ocurriera tomar de lo poco que quedaba.

Ya en sus manos el tiesto lo pesó con secreta alegría. Sería un medio litro. El pulchén de la fogata que había caído sobre el vino pareció exacerbar sus deseos. Suavemente lo sopló, y como si con esto lo hubiera ya saboreado, se limpió los bigotes con el dorso de la mano. Después se empinó la olla y el glú-glú de su garganta no cesó hasta la última gota...

## II

Aquella tarde, Lorenzo Donoso, sólo pasó malos ratos en el campo que alcanzó a recorrer, vigilando las diversas labores de la hacienda. Como si el aroma áspero y mareante que despedían los grandes montones de orujo acumulados junto a las bodegas hubiera puesto un fermento extraño en cada uno; todos los inquilinos de la hacienda experimentaban el anhelo intenso de probar aquel caldo oscuro de tan rico sabor en que se trasformaban, día a día, los maduros frutos de la viña.

De los fundos cercanos al caer la tarde, llegaban pequeños grupos de hombres y mujeres que venían a saludar al patrón Lorenzo. «Era tan buenazo el jutre».

—Como pocos de los ministros que han habío aquí, aseguraba doña Bartola Faúndez—una de las más asiduas visitantes. Es tan sencillo on Lorenzo. Naide creyera que él es el patrón, porque es mesmamente como un pobre.

—Muy verdá es oña Bartolita. Continás que no es de esos jutres contagiosos que too les parece mal. El,

cuidando uno sus alimalitos, ni chista, tenga los que tenga en su posesión.

Pero en todos esos halagos para el joven Donoso, iba por dentro una intención. Ella se traducía en un tiesto que cada uno llevaba bajo el poncho, el cual muy pronto salía a relucir entre grandes atenciones y sonrisas de afecto. Todos querían recibirle las riendas, sacarle las espuelas y poco menos que desmontarlo en peso:

—Vendrá cansao su mercé, pué patrón. Tanto tra-ginar no es pa menos y esa bestia en que hoy andaba es muy asperaza.

Entonces una de las mujeres insinuaba:

—¡Qué se va a cansar el patrón! Cuando es más alen-tao! Y siempre más audaces eran las primeras en de-clarar sus deseos. Veníamos por aquí a que su mercé los valiera un traguito. Pa eso es el patrón de noso-tros y ha de ser bueno con sus sirvientes. A uno ta-mién le dan ganas de tener un gusto.

Donoso, joven afable y de buen carácter, aparen-taba sólo exteriormente formalidad. Sentía dentro de su fuero íntimo una profunda compasión por aquellas gentes. Si en su mano hubiera estado mejorarles sus condiciones lo hubiera hecho de buen grado. Le en-tristecía verla sedienta de alcohol, ansiosa de endeu-darse hasta los ojos, pidiendo vino que él a veces no les anotaba a fin de darles margen para pedir alimen-tos cuando llegaran los días malos.

Pero aquella tarde se le hizo intolerable ver a todo el mundo ebrio. En el aserradero el lampeador, un hom-bre pacífico y de buen carácter, se había peleado con uno de sus ayudantes y poco faltó para que ocurriera una desgracia.

—Anda mala la da, patrón,—le dijo luego Jeróni-mo Contreras—uno de los mayordomos a quien en-contró en los callejones interiores del fundo,—los ni-ños andan toítos curaos y si viene luego un aguacero,

la saca de las papas en la vega se los va atrasar un porción. Se van a perder mitá por medio.

Con aquel ir y venir de vendimiadores, el administrador no podía reprimir la entrada de peones en la bodega. Todos la aprovechaban para echar al paso su «cachaíta», y a veces esta era tan larga que les bastaba para salir con los pasos torpes y la mirada entontecida.

Pero aquel día hizo cerrar la puerta y ésta sólo se abría para dar paso a las carretas que transportaban la uva. Por esta causa, López, no pudo entrar con su canutito de cicuta seca, a sacarle el viento a las pipas del vino de prensa, que era el más agradable a su paladar.

Aquello le tenía fuera de sí. Y ese trago tan bueno con que Pedro Pablo le había obsequiado le hacía cosquillas en el paladar. Había acrecentado sus deseos y puesto sus nervios en tal tensión que le era imposible alejarse de allí, por más que la actitud del patrón se lo aconsejara. Como los enamorados ante el desprecio de la amada luchan con sus intenciones y sentimientos, así, López sentía la indecisión del que no puede desoír la voz de su corazón.

Y ágil como un muchacho, se lanzó fuera del rancho, cuando sintió que el administrador volvía, para recibirle las riendas y sacarle las espuelas obsequiosamente.

—Y quiubo su mercé. ¿Se le ha ablandao el corazón? No sea tan tirano con su mejor trabajaor. Usté sabe que la única feliciá del pobre es tomar su traguito. La voluntá patrón ante too. Hágalo por ella patrón.

Todos los inquilinos y trabajadores que como López hacía algún tiempo trabajaban en el fundo, conocían los amores de Donoso con Lucía Reynoso, hija de uno de los más prósperos agricultores de la región. Casi siempre el joven ante el recuerdo de esos ojos oscuros cuyo mirar ponía una dulce e íntima fe en su corazón,

se sentía generoso y dispuesto a acceder en todo. Pero esa tarde mal humorado refunfuñó:

—Te dije que no. Anda a tomar agua a ver si se te espanta la mona. Lo que es yo estoy harto de borrachos. ¿Oístes?

—¡Mi maire!—rugió el hombre enloquecido.—¿Entonces yo no gano? ¿Entonces yo no le voy a pagar? Si no es dao patrón... ¡Es con ésto, con ésto!... Y rabiosamente se pasaba la mano por la frente, tal si se la estrujara.

—Así será—replicó a gritos Donoso—pero ahora no quiero darte vino. ¡No quiero! ¿Entiéndes? Y dando un portazo se metió en la casa dejando al hombre con los brazos estirados y en el rostro un tic nervioso que le hacía abrir y cerrar un ojo rápidamente.

—¡Me recondenara! ¡Cómo no se acrimina uno! Creen que porque son ricos han de mirar al pobre como un perro.

En la esquina de los ranchos contiguos, apoyada en el tronco de un sauce que allí se alzaba, Pedro Pablo fumaba su cigarrillo. Conocía a López en sus arrebatos de ira y por esto no despegó los labios.

—Tendría que nacer siete veces y no volvería a trabajarle a este rico esconsieráo.

Un tumulto de palabras gruesas salían a borbotones de su boca. Hasta que al fin exclamó como si solo en aquel momento hubiera encontrado la solución.

—Voy a tomar agua hasta empiparme. Hasta que me le salga por las narices. Yo sé que me va hacer mal y quien sabe si hasta la pulmonía me dé. Pero no importa, él se llevará el cargo. Ey ta mi Dios pa que consiere.

En efecto así lo hizo. En un cántaro de greda sacó agua pura. Agua que era como un cristal, pues venía de la roca viva hasta las casas, donde era captada en un pequeño estanque. El hombre con esa obstinación de los niños porfiados comenzó a tomar agua hasta que



no pudo más. Después se tendió rezongando junto al sauce.

Pedro Pablo que también sabía de estos achaques, le miraba intranquilo.

—No tome más agua on López. Ajisao qu'está y con l'agua tan heladaza le va hacer mal estómo. Si el pobre no saca na con encapricharse. Joderse no má. Mejor es que mañana salga a ponerle el hombro. Puea ser que el rico se ponga de güenas y los valga de ese tinto de la cuba grande. Icen qu'está de mascararlo.

—Así será le atajó. el otro. Si me muero no es por mi culpa. Y heroicamente, tal si fuera un vaso de veneno, se empinó de nuevo el cántaro tratando de vaciarlo.

Había caído ya completamente la noche, sobre el campo. Ladridos lejanos llegaban en la brisa otoñal que trasminante calaba hasta los huesos. Por el camino del bajo oíase el chirrido agudo y quejumbroso de una carreta con ruedas de palo que iba camino de la montaña.

—Ya vienen de güelta los niños de Adencul—dijo Pedro Pablo, dando una chupada a su cigarro, que brilló un instante en la densa oscuridad. Golvieron temprano. Salieron hartos de alba también.

López contestó con un bufido. Lo que le importaban a él los niños de Adencul, en aquellas circunstancias. Tendido de costado daba fuertes tiritones, tal si estuviera con terciana.

—Vámoslo pa la cocina, más vale, on López. Ya no se puee aguantar el penetro aquí. Allá el juego ta güenazo.

—Vaigase usted no má—roncó el otro—éjeme aquí sólo poner el cuero duro. Pero no había concluído de hablar, cuando un gemido le hizo encogerse como mordido por una víbora.

—Bututuy on Peiro! Me le prendió toitito el cuerpo.

Tengo helao hasta el contre. Por la recola que estoy amolao. Bututuy el frío grande Señorcito!

Gimiendo se sobaba el estómago eructando fuertemente, con una especie de hipo que le hacía botar a bocaradas el agua ingerida. Encogido en su mísera vestimenta renegaba de todo, lamentándose a grandes voces.

—Yo se lo estaba diciendo. Tan porfiadazo qu'es usted. Que va a sacar ahora. Venga, venga, entre pa la cocina.

A estirones le hizo entrar a la mediagua donde ardían grandes tizones. De un rincón extrajo unos sacos con los que arropó al hombre que seguía tiritando en tal forma que le sonaban los dientes. Tenía la cara desencajada, y en los ojos una sombra extraña. Su frente se perlaba de un sudor helado y su boca se torcía tal si la tuviera en un lado de la cara.

Asustado Pedro Pablo, salió corriendo hacia las casas. En la ventana de la pieza del administrador, había luz. Apresuradamente llamó:

—Patrón Lorenzo, on López ta enfermazo. Tiene retorcijones y le tiritita el cuerpo. No sea cosa qu'el hombre se afatalice. Tiene hasta los ojos chullecós.

Lorenzo abrió la puerta:

—Tomó agua patrón. Y su mercé sabe que pa un cristiano que está pasao en el licor l'agua es veneno. Ta hartó enfermo.

—¡Claro y ahora lo que quiere es vino para mejorarse. ¿No es verdad?

—Su mercé habrá de ver, pue, patrón. Yo li hago ver no má, la custión.

—¡Gente más embromada! Ya no hay paciencia para soportar tanto. Anda tú mismo a la bodega, le sacas un litro de vino y se lo das caliente. Es el mejor remedio. ¡Un litro no más! En este tiesto lo traes.

De la mesa tomó el joven un jarro y se lo alargó al hombre. Le advirtió:

—Y usted, mi amigo, no se me demore mucho allá.

—Chas! Usté sabe patrón Lorenzo que cuando yo me chanto ni lo apruebo. Güelvo al tiro

Pero no fué así. Tardó un buen rato el hombre en volver. Y cuando pasó a entregarle la llave al administrador caminaba con un aire de empaque y los ojos muy abiertos. Era como decir:

—¡Ni lo he probado!

Sin embargo, a poco andar, dió un traspiés tan recio que poco le faltó para rodar al suelo con jarro y todo. Su propia exclamación le delató en la sombra:

—Reflautas el vino bien robusto. ¡Me le fué a las mechas al tiro!

López seguía temblando. Realmente estaba enfermo. Descomido y apenas cubierto con su delgada chaquetilla de casineta el frío del agua le había transido. Estaba tan decaído que ni advirtió los movimientos de Pedro Pablo y sólo vino a reparar en ellos cuando éste le allegó a los labios el jarro de vino, tibio, oloroso y humeante.

—Ya on López. Enderécese. Aquí le manda el patrón esta candonguita. Ta que ni p'al señor cura.

Se inundó de alegría la cara del hombre. Sus dientes sonaron el borde del jarro. Y ahora como si quisiera prolongar el deleite, se lo bebió a pequeñas sorbos paladeándolo con expresión beatífica.

### III

Pedro Pablo se ha dormido junto al fuego que ya se extingue. Forrado en sus sacos con el sombrero puesto hasta las orejas, ronca haciendo profundas aspiraciones y luego una verdadera explosión al arrojar el aire. López frente a él, con su sombrero en la nuca fuma pausadamente. Se ha mejorado del todo, menos de su deseo de ponerle al tinto hasta que la «ñebla tupa» como el dice alegremente, cuando está con sus amigos.

Ha intentado dormir, pero le ha sido imposible. Los nervios se le han revolucionado y su cabeza extrañamente clara y precisa va fijando una serie de recuerdos y de ideas. Toda su rabia con el patrón ha pasado, pero le fastidia el temor de que al día siguiente ya no le admitan en el trabajo. Ensimismado de pronto se sorprende habiando solo.

—No se puede negar qu'ey tao harto voltario pa ponele. ¡Pero a onde hay otro roto más encachao que yo cuando las afirmo! Y pa qué vamos a icil na. Taba güena la chacra aquí.

Miró el jarro vacío en el cual Pedro Pablo le había traído el vino tibio. ¡Qué rico estaba! Una especie de voluptuosidad le adormeció un instante, para después rehacerse con un deseo salvaje de tomar. Sentía en el paladar, en el estómago, en el cuerpo entero una sed de vino. Una onda ardiente le recorrió el cuerpo con sensación tremante y angustiosa, a ratos, luego con una especie de sensualidad que le hacía retorcerse las manos.

Se asomó a la puerta. Una pálida estrella titilaba sobre la montaña que se adormecía rumorosa en la canción del viento. Lejanamente un gallo, como un arco de sonidos quejumbrosos dejó oír su canto. En la vega un pidén lanzó un grito característico, como instrumento de boca que no pudiera emitir su más clara nota. La tierra palpitaba en el gri-gri misterioso de los insectos, en el suave aletear de las hojas de los árboles, en el musitar del estero en lo hondo de las quebradas. Había un silencio profundo que hacía reconcentrarse en sí mismo como si en la sombra asechante se ocultara el espíritu del mal. El más insignificante ruido adquiría una resonancia extraña.

El hombre tiritó. Su cabeza a ratos ardía tal si dentro de ella se retorcieran mil culebrillas de colores enneguecedores, que se deshacían en llamaradas lívidas. ¿Qué hacer? Miró hacia las casas que se veían enfrente como una masa informe que apenas lograba destacar-

se en la oscuridad. Allí dormía quien le podía hacer feliz. ¡Era tan poco lo que se necesitaba para hacer dichoso a un pobre. Con un tiesto de mosto que iría bebiendo lentamente, el Anselmo López encontraría la vida hermosa y el sosiego de todas sus inquietudes.

Hasta que de súbito se decidió. Días antes reparó que había un ladrillo suelto junto a las paredes de la bodega. Al lado un carro emparvador que le vendría de medida para el caso. Abrir un hueco y entrar era cosa fácil. Al día siguiente no quedaba otro camino que mandarse a mudar muy tempranito.

Al pasar por la casa del administrador puso el oído junto a la ventana. Un estremecimiento de gozo le hizo apretar los puños. El joven dormía: su respiración, a través de las rendijas se percibía claramente.

—No hay otra que hacele punta—se dijo respondiendo a una muda interrogación.

Junto a las bodegas el fuerte olor del orujo, acrecentó sus deseos. Sentía una leve fatiga en el estómago tal si lo tuviera abierto y por allí le entrara todo el fresco de la noche. Ya junto al carro emparvador respiró. Le latía con fuerza el corazón. ¡Caramba, él había sido empeñoso para el trago, pero nunca ladrón!

—A las cosas que uno ha de llegar, por el capricho de un rico.

Encaramado en la baranda del carro, la tarea fué fácil. Los ladrillos al estirón de su mano recia fueron cediendo fácilmente, y muy luego abrió un hueco más que suficiente para dar paso a una persona. Cauteloso se asomó al interior. Un hálito tibio le acogió. Escuchó un momento. Todo era silencio. Sólo a ratos los terneros balaban trémulamente en el corral próximo. Allí dentro estaba lo que él amaba. Un aroma fuerte y áspero llegaba hasta él en oleadas tibias que le embriagaron de ansiedad. Un ritmo acelerado le palpitaba en el pecho haciendole difícil respirar.

Estiró los brazos hacia abajo pegados a la muralla

y prendió un fósforo: la suerte estaba con él. Junto al hueco recién abierto descendía la escalerilla de uno de los grandes fudres, dejándose caer por ella hasta el suelo gozosamente. Conocía la bodega palmo a palmo, mas la emoción en aquel instante le hizo vacilar. Con las dos manos palpó el enorme lagar dentro del cual bullía el líquido en fermentación.

—¡Mi maire la tremenda cuba—habló despacito—, pero ésta no está güena tuavía.

Como los ciegos con los brazos estirados, empezó a caminar. Rumores leves, tal si otro hombre en puntillas fuera tras él, le paralizaron instantáneamente.

—Son ratones—se dijo—estos también trabajan de noche.

Siguió avanzando sin poder encontrar la pipa del vino del estruje en la prensa. Aunque su turbación aumentaba se decidió a encender un fósforo. Inmediatamente se orientó. Se había metido entre los fudres que guardaban la cosecha del año anterior y de los cuales no era posible sacar una gota. Tras éstos, en una especie de armario se guardaban las coyundas y per-tigueros. Entre ellos atraídos por la grasa, cien o más ratas estironeaban los cueros. Sintió que algunas pasaban veloces entre sus piernas, mientras las demás desdeñosas de su presencia proseguían entre agudos chillidos su banquete.

Un sudor helado le humedecía el cuerpo. Diéronle tentaciones de huir, cerrar el hueco abierto en la muralla e irse a dormir. Pero no pudo. Había una fuerza irresistible que le llevaba a dar fin a sus propósitos. Hasta el fin dió con la pipa. Mas. ¡Oh desgracia suya! Estaba sin la llave y el bombín de goma no aparecía por ninguna parte. Por el espiche de arriba introdujo el dedo que se alcanzó a mojar. Avidamente se lo chupó y una ira que era también congoja le acometió pateando y renegando enfurecido.

—No hay más que saco de la cuba grande—jadeó excitado.

A tientas cogió el latón en que se medía el cántaro. Pegó el oído a las duelas del enorme tonel. No se sentía el más leve rumor. Ya el caldo rojo y denso proveniente de la viña del cerro, asoleada y aromosa, se había adormecido.

—Este es el mejor vino—comentó López en voz alta, tal si dueño de la bodega, hiciera el elogio de sus productos ante un comprador. Lo único malo sería que no le haigan sacao el sombrero (1) ayer tarde, y entonces va costar montón hacele dentro. El borujo debe estar muy gruesazo.

Agil como gato se trepó en la cuba, afirmándose con los pies desnudos, en las salientes que hacían los remaches de los sunchos. Ya arriba se sentó sobre el ancho tablón en el cual se paraban los peones a apisonear el orujo. Puso el tiesto a su lado, y luego tanteó hasta dónde llegaba el líquido. Su interjección habitual se estrelló en la sombra como un peñascazo:

—¡Mi maire! No li han sacao na el sombrero tua-vía. No importa de alguna manera hay que buscale.

Acto seguido se tendió sobre el tablón buscando la duela como punto de apoyo para enterrar el tiesto. Sus membrudos brazos forcejearon largo rato. Con uno se sujetaba del tablón y con el otro cargaba el sombrero, hasta que de pronto irrumpió el líquido tibio bañándole los brazos y el pecho y llenó al propio tiempo el cántaro en un instante.

Fatigado se enderezó con su precioso tesoro ya consigo. Con las piernas colgando sobre el hueco del fudre, respiró con fuerza, pasándose en seguida la manga de la camisa por la frente sudorosa. Luego en un ligero temblor de alegría, cogió el tiesto que se empinó ansioso.

—Salió con bien harto borujo—refunfuñó.

---

(1) Nombre que se le da al orujo que levanta la fuerza del vino en fermentación.

Con los labios apretados a manera de filtro fué colando el líquido sin que ello le molestara mayormente. Experimentaba una intensa alegría. Todos sus achaques se fueron. Ahora le repicaba una campana en los sentidos. Con los ojos muy abiertos intentaba escudriñar los rincones de la bodega, tal si buscara a alguien a quien participar su dicha. De súbito al volver la mirada, se encontró con el hueco de la muralla y un temblor de espanto le sacudió entero al advertir que éste era una enorme cara que le traspasaba con sus ojos de mirar severo. Al recobrase del susto, se prometió tomar otro trago, volver a llenar el latón y marcharse.

—Ni van a rochar siquiera se aseguró convencido. Mañana la duermo hasta afirmarlas bien y pasao salgo a ponerle el hombro.

Rubricó sus propósitos haciendo salud. Después eructó satisfecho cimbrando las piernas por debajo del tablón en el cual afirmaba las manos. Experimentaba un bienestar indecible, una dulce somnolencia le iba envolviendo y le cargaba las espaldas con su fardo mullido y tibio. Diéronle deseos de tenderse sobre el tablón y echar un sueño, pero de inmediato se despabiló azorado, abriendo los ojos todo lo que pudo. Empero, ya su cabeza empezaba a dar vueltas y una sensación de oscuridad densa le aplastó. Quiso pararse y no le fué posible. El tablón ahora lo sentía tan angosto que apenas se podía equilibrar sobre él. Entonces se aferró trabajosamente con ambas manos, pasando una pierna al otro lado para equilibrarse mejor.

Allí quedóse sosegadamente. Su naturaleza fuerte trataba de luchar con la embriaguez que rápidamente le envolvía en su telaraña de alucinaciones. De pronto una enorme llamarada roja surgió del fudre vecino. Tal si tuviera unos finos pies azules, caminó rápidamente el fuego alrededor de la boca del tonel. Después la llama se elevó crepitante, retorcida en mil lenguas de colores fantásticos y luego como si cada lengua se



estirara doblada en un arco deslumbrador, todas las demás vasijas se incendiaron. Un abanico de fuego aleteó cálidamente sobre el hombre empavorecido. Una sensación de vértigo le hizo sentirse alado. El tambor giraba sobre la boca de los toneles donde burbujeaba el vino retorciéndose corporizado en oleadas espumosas y transparentes. Un alarido jocundo acompañaba su danza y ahora Anselmo López sentía una agilidad pasmosa. El mismo como si tuviera el poder de verse reflejado en sus propios ojos se veía desmelenado, el rostro enrojecido y las barbas cobrizas. Tenía ahora un látigo y lo hacía girar sobre las cubas vertiginosamente. Un viento ardiente y sonoro agitaba las paredes mientras su huasca zumbaba, avivando las llamas chisporroteantes. Hala, Hala! Su látigo era maravilloso y hacía con él las cosas más absurdas. Bastaba moverlo. Ahora en el aire dibujaba a todos sus conocidos y de su hebra rutiladora surgían todos, aun aquellos que no veía desde niño. Apretaba los puños no más e irrumpían todos estrafalariamente danzando contorsionados sobre los travesaños de vigas, doña Bartola Faúndez iba con las polleras cortas, los zapatos rojos y unas calcetas azules bailando en los tacos y forcejeando para no irse de espaldas. Don Lorenzo, Pedro Pablo, Jacinto Muñoz, todos brincaban enloquecidos. Había eso sí que apretar los puños, fuerte, muy fuerte, pero se experimentaba un deleite sin nombre.

Y él apretaba, apretaba, ¡claro! Anselmo López no aflojaría nunca. Al fin le tocaba a él divertirse, no todo había de ser para los ricos. Más de repente una feroz cabezada le hizo sentir un instante la sensación de la realidad. A caballo en el tablón se sujetaba a dos manos inundado de transpiración. En un supremo esfuerzo intentó asirse al borde de la vasija, pero este movimiento bastó para hundirlo otra vez en su hervorosa marea de alucinaciones.

Mil cintas refulgentes de los más caprichosos colores

le envolvían en un fru frú de suavidad y ensueño. Aquellas serpentinas eran su hermoso látigo rojo que ahora no podía empuñar. En vano trataba de cogerlo. ¡Imposible! Por el contrario, cada tira de luz tenía ahora una boca fina con lengua de alfiler y repentinamente todas le hirieron succionando su cuerpo sin piedad.

Un alarido de dolor le hizo recobrase un instante. Estaba de día y la pared de la bodega se deshacía vertiginosamente. Cual una malla que se va destejiendo, así los ladrillos se fueron corriendo hasta formar una pared bajita que se estiraba y encogía. Al otro lado todos los peones se reían a carcajadas de él, que sujeto por una fuerza invisible no se podía mover del tablón.

Jerónimo Contreras, el odiado Jerónimo, «El soplete» como ellos le llamaban, le miraba con gesto amenazador agitando su rebenque. Siempre habían sido enemigos y ahora el otro se reía con una risa maligna que hacía arder toda su sangre. Allí se las pagaría todas. Y en uno de esos momentos en que la pared se estiraba, Contreras de un salto estuvo en el otro extremo del tablón con la correa lista para dejarla caer sobre él.

Entonces con un arrebató de ira, en un esfuerzo salvajé se incorporó sobre el tablón, que le sirvió de punto de apoyo para saltar como un puma asediado sobre su enemigo. Pero no lo alcanzó. Su cuerpo sin más fuerza que las de su peso cayó al medio del lagar sobre la espesa capa de orujo que se hundió blandamente con rumor de ola que se revuelca en la arena. El vino tibio le envolvió entero sumergiéndose allí sin un grito, en la suave inconsciencia de un sueño que jamás termina...

---

Mientras afuera el agua cae, los peones conversan en la cocina junto al fuego:

—La pura verdá que nunca había salido un vino mejor que el de este año, ¿no es cierto on Cachi?

—Muy verdá on Peiro Pablo. Y el de la cuba grande ha sío el mejor. Ta de mascar lo el tinto ese...